

La ruka araucana

La ruka es una realidad antropológica que traduce la respuesta más racional y perfecta que la cultura neolítica mapuche dio a las exigencias del entorno natural de la Araucanía y al hombre primitivo: resiste airoso los más violentos movimientos sísmicos, la lluvia y el viento huracanado. Es tibia y acogedora en el invierno y en los calurosos días de estío se mantiene fresca y aireada. Esto se relaciona con la función de cocinar: en invierno en el interior y en verano al aire libre. En su construcción es innecesario el metal y todos los materiales son proporcionados por el bosque y los terrenos húmedos. El sustentante y las vigas transversales se hacen preferentemente de maderas duras y entre ellas eligen sobre todo el pelin (nothofagus obliqua), el boldo (boldo boldo) y el canelo (drymis winteri). Árbol sagrado, cuya madera endurece por la acción del calor y del humo. La techumbre y paredes laterales se tejen con gramíneas de tallo duro o totora que se disponen en apretados haces amarrados verticalmente entre varis de quila o coihue; como amarras usan lazos de junquillo (juncus planifolius) o el tromua mapuche, muy escaso en la actualidad. El junquillo tiene una resistencia a la tensión francamente notable y de él, además, se tejen sogas de gran nobleza y duración. El trabajo se organiza en un estilo de labor comunitaria llamado "mingaco", en el cual se participa por invitación del Lonco, jefe o cabeza de la

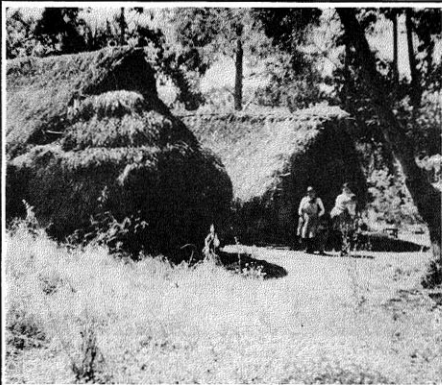
reducción a la cual pertenece aquel que desea construir su ruka. Al mingaco concurren todos los vecinos y se inician las labores recojiendo y preparando los materiales, que en el día señalado para comenzar el rucán, son recibidos por un indígena encargado de dirigir y distribuir las tareas. La armazón enmaderada (estructura) queda lista el primer día y después se levanta sobre ella el kpuel ruka o envarillado de quila destinado a sostener la cubierta y las paredes; lentamente, y desde abajo hacia arriba, se van tejiendo, hilera tras hilera, haces de junquillo, cada una de las cuales cubre parte de la anterior (traslape).

Las mujeres, entretanto, se preocupan de atender a los trabajadores proporcionándoles agua fresca para refrescarse o asearse y cocinan los alimentos que la cuadrilla necesita. Normalmente, antes de diez días la ruka luce terminada y todos la rodean mirándola y recorriéndola para señalar sus virtudes. Luego entran, se enciende por primera vez la fogata y empieza la fiesta, episodio final que se estaba preparando con todo cuidado por las mujeres de los trabajadores: ya están listos el muday y la chicha, el mote y el pan, se han sacrificado algunas ovejas y un caballo. Al caer la tarde, la fiesta sube de tono y empiezan los cantos y danzas, llegan extraños y todos son bien recibidos. El

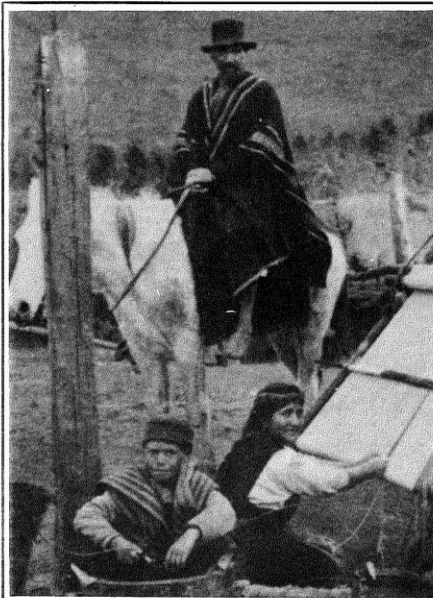
rucán finaliza sólo cuando se han agotado los alimentos y la bebida, e incluso no es permitido irse hasta ese momento. En sectores de nuestro pueblo se observa esta tradición hasta hoy.

Algunos hechos significativos deben ser analizados: la puerta de la ruka siempre se ubica hacia el Este, el lugar donde sale el sol. Un araucano, al ser consultado por esta exigencia, respondió con sus manos abiertas en un gesto amplio y sencillo, que por un instante lo mostró casi como si fuera un sacerdote: "Porque el hombre no puede rechazar la luz cuando ella llega" y "tenemos que empezar a trabajar junto con el sol".

La ruka se construye hasta nuestros días y no se resigna a desaparecer. Su obstinación no es simple capricho ni consecuencia de un tradicionalismo mezquino o segregacionista. Una observación superficial hace pensar que muestra el atraso cultural de los mapuches, pero una meditación más atenta y serena nos hace caer en la cuenta de que subsiste, porque en ella hay elementos positivos de la cultura aborigen y que ella es la síntesis final de una forma de vida que está incorporada racionalmente al entorno interior y exterior circundante. La ruka es sustancialmente una obra de arte destinada a defender una fogata que está al nivel del suelo, no por simple capricho, sino porque la fogata no es sólo cocina. En ella debe

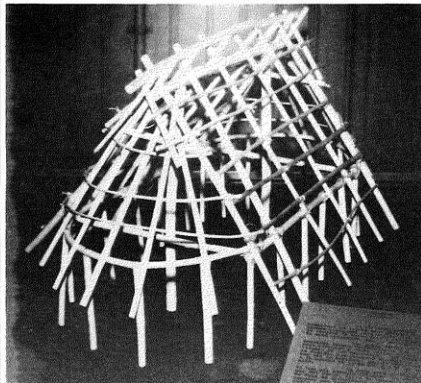


Conjunto de rucas en la zona de Chol-Chol, Temuco.



Escena familiar en verano. Catún. Foto colección Museo Histórico Nacional.

La ruca-cocina, espacio que también sirve como comedor, se organiza en torno al fogón, elemento base para la sociabilidad del mapuche



La estructura se construye en base a maderas duras, para posteriormente tejer las paredes laterales y techumbre con totera. Maqueta: Museo Araucano de Temuco.

arder tanto la leña seca, como la humedad y la verde, toda clase de hojas y ramas e incluso la turba y el carbon de piedra en las reducciones costeras. El humo no es problema, y se puede afirmar que es necesario, ya que impregna de hollín el techo de dos aguas. lo hace impermeable y evita su putrefacción, hace huir los insectos y es una especie de desinfectante, lo que unido a los hábitos de higiene hicieron del mapuche un pueblo excepcionalmente sano. Además, la puerta de entrada renueva el aire y crea una especie de frente climático frío al nivel del suelo y una corriente cálida ascendente que eleva el humo hasta el plano a nivel con el marco superior de la puerta permitiéndole escapar a los ulolunruca. Frío no existe, porque la fogata caliente por irradiación y no por contacto.

La sociabilidad araucana gira también alrededor de esta fogata y de su ruca. La vivienda se ubica siempre en un sitio elevado o despejado, desde el cual el jefe del grupo familiar puede vigilar sus bienes, su ganado y sus sembrados, advirtiendo a distancia la presencia de extraños que de todas maneras serían bulliciosamente anunciados por un ruidoso grupo de perros.

Si el visitante es amigo se sale a su encuentro y se le saluda con un abrazo y un señoro "sakú vi peñi" (como estas amigo) al que se responde "inche kmélen sha shsa o papay" (estoy bien jijito o abuelito). Como muestra de amistad, si es invierno, se invita a entrar a tomar asiento a

orillas del fuego, donde arreglan un "huancu" o piso bajo de madera en el cual colocan un choapino con varios dobleces, muestra de afecto que indica el deseo de que está cómodo. Después, sin prisas y con conversación anecdótica, llena de detalles, que a veces se alarga más de la cuenta, se va llegando sin prisas al motivo de la visita, el que ordinariamente se aborda cuando están preparados el mate o las tortillas.

Si el recién llegado fuere un extraño, el diálogo es más breve y conciso. Si no estuviere el dueño de casa, las mujeres dan una respuesta invariable "no hay nadie", y por ningún motivo lo dejan pasar. Si a pesar de todo ingresara, no se le ofrece asiento y aquí el humo cobra importancia sociológica, porque se encarga de señalar al intruso la incomodidad del lugar, porque para estar cómodo en una ruca hay que permanecer sentado junto al fogón, donde no hay humo. Finalmente, el parentesco entre lo mapuche y lo polinésico es ya un hecho aceptado por muchos hombres de ciencia, y la ruca viene a agregar un argumento de extraordinario significado antropológico, sin olvidar el aporte de los grupos nómades trasandinos que se incorporaron a la cultura aborígen. Otros sedimentos de notable interés se pueden observar en los utensilios de madera (railes), en la técnica de cocina (curanto) y en numerosas raíces lingüísticas comunes que afirman más de un parentesco prehistórico.

V. Lobos L.